

Carlos Préndez Saldías

## María Luisa .



REVUELTO el pelo canoso,  
ojos que al mirar se achican,  
y entre arrugas y carmín  
la boca en larga sonrisa.

Grandes pechos sin orgullo  
que a medio vientre se afirman,  
y la grupa marinera  
que hasta en reposo se cimbra.

Bata en verde terciopelo,  
con desparpajo ceñida,  
y el gordo pie que rebalsa  
de la verde zapatilla.

Para las noches de estreno,  
cuando tiene nuevas niñas;  
roja de sangre es la bata  
que sus blanduras perfila.  
¡Que no tuvo más colores  
que verde y rojo tu vida,  
y así te ve mi recuerdo,  
penando, María Luisa!

¡Oh, meretriz de abolengo  
que llegaste a Celestina,  
y estás con las piernas juntas  
bajo la tierra dormida,  
en romance de nostalgia  
mi corazón te avecina!

Espejo en luna redonda;  
verde y rojo, dos cortinas,  
y una lámpara que llora.  
con lágrimas que ilumina.  
Sillones de raso verde;  
sofá que a todo servía,  
y sobre mesa de arrimo  
¡nunca las copas vacías!  
Manuel Magallanes Moure,  
Jorge González Bastías,  
Claudio de Alas, Pedro Sienna,  
Mondaca sin alegría,  
y está Jerónimo Lagos  
con su soledad encima.  
¿En qué fiesta de tus noches  
faltara Préndez Saldías?

Algazara de poetas  
cuando sonriendo decías:  
—¡Ingratos que me abandonan  
con el sol de cada día!  
Y dos palmadas sonoras:  
—¡Vengan poncheras en sidra!

¡Cómo sacabas del pecho  
cigarros de hoja talquina,  
y en ademán generoso  
tu vicio nos repartías!  
Cuando los fuertes cigarros  
eran escombros que ardían,  
con voz de liturgia lenta  
nos tirabas la consigna:  
—Muchachos, primero el arte  
y después la algarabía.

Era un cuento de princesas  
lo que a media voz leías,  
amor de primeras letras  
en que nada sucedía;  
¡y el elogio, y el abrazo  
y el beso que te caían!  
Claudio de Alas en tercetos  
te descolgaba sus rimas,  
y eras "Safo Pecadora"  
en su crespá fantasía.  
Con orgullo el pecho lacio  
de movable gelatina  
en tus minutos de gloria  
al sitio justo volvía.  
¡Todo un pecho de doncella  
el terciopelo escondía!

Con dos palmadas sonoras  
siempre lo mismo decías:  
—¡Que vengan del salón grande :  
las sin uso todavía!  
Y Nelly, la caprichosa,  
y Rosa, la colorina,  
y la gorda que rezaba  
sentencias de Vargas Vila,  
nos alegraban la noche  
de la bohemia perdida.

Poncheras y más poncheras,  
cual fugaces golondrinas,  
las manos nos alargaban  
hasta las faldas esquivas.  
Para tan pocas mujeres  
siempre sobraron rodillas.

Entre el alcohol y el tabaco  
y la carne apetecida,  
éramos siete al llegar  
y cuatro los que salían.

En esta paz de mis años  
te evoco, María Luisa,  
y mi romance te deja  
entre cuatros rayas viva,  
con tu lujuria en pavesa  
y en terciopelo metida.